

Alternativas para América Latina: un nuevo tipo de desarrollo rural con reforma agraria o la aceleración de la desintegración social

Jacques Chonchol

La próxima conferencia mundial sobre reforma agraria, que tendrá lugar en Roma, en julio de este año, es una buena ocasión para reflexionar sobre lo que está ocurriendo hoy en el agro latinoamericano y sobre sus consecuencias para el desarrollo global de las sociedades de la región. Nuestro propósito es, pues, luego de presentar algunos hechos sucintos que ayuden a visualizar la realidad actual del medio rural y sus repercusiones en el medio urbano, mostrar lo que la falta de una política adecuada está significando para el grueso de la población de nuestros países. Trataremos, finalmente, de indicar las grandes líneas de lo que debería ser una política de desarrollo capaz de enfrentar los problemas planteados.

Los hechos

A pesar de la rápida urbanización generalizada de las últimas décadas, la agricultura, actividad principal del medio rural, sigue siendo hoy la fuente básica de empleo y de vida del grupo más numeroso de la población latinoamericana. En 1975 cerca del 40% de la población total de la región trabajaba y vivía en y de la agricultura. Sobre un total de 321 millones de latinoamericanos, 124 eran campesinos. Por otra parte, aun cuando en términos relativos con respecto a la población total, la población rural y la población agrícola¹ están disminuyendo, en términos absolutos están aumentando. La población agrícola total de América Latina, que alcanzaba a unos 87 millones de personas en 1950, era de 124 millones en 1975, es decir, en 25 años aumentó en 37 millones, con una tasa promedio anual de 1.4%.

¹ La población agrícola, es decir, la que dependa directamente de la agricultura, es en América Latina alrededor de un 93% de la que vive en las áreas consideradas rurales. El resto de los rurales trabaja y vive de la minería, del comercio, de los servicios, etc.

Pero la situación de la población agrícola, desde el punto de vista del empleo, del ingreso y de las condiciones de vida son sin duda mucho más desfavorables que las del resto de los latinoamericanos.

En lo que se refiere al empleo éste se caracteriza por una aguda desocupación, debida a razones estructurales, agravadas por el modelo de modernización agrícola que tiende a generalizarse en todas las naciones de la región. Según los estudios hechos para 15 países latinoamericanos por el PREALC², más de un tercio de los 28 millones de trabajadores agrícolas que había en 1970 en esos países estaban en una situación equivalente a la cesantía total.

Esto no quiere decir, por supuesto, que algo más de 9 de los 28 millones de trabajadores agrícolas no laboraban ningún día del año, pero sí que al lado de unos pocos que tenían trabajo regular y estable durante todo el año, existía una inmensa mayoría de ellos que no lograba ocuparse sino un pequeño número de días en el año (entre cien y doscientos y a menudo menos de ciento). Los dos tercios del total de los trabajadores agrícolas de América Latina tenían dificultades para encontrar trabajo regular durante todo el año.

Esta situación de subempleo crónico es en gran parte la consecuencia de factores estructurales: enormes desigualdades en la distribución de la tierra productiva, sistemas de monocultivo ligados a la economía de plantación, con agudos desequilibrios en las demandas estacionales de trabajo, sistemas extensivos de explotación de sus tierras por parte de los latifundistas tradicionales, etc.... Pero, además, este subempleo se ha visto agravado por la forma de la modernización agrícola que se generaliza por toda América Latina desde hace algunos años. Este proceso en el que los nuevos empresarios agrarios capitalistas tienden a emplear una fuerte mecanización, subsidiada normalmente por el Estado, facilita el despido de gran parte de los trabajadores permanentes para reemplazarlos por eventuales, al mismo tiempo que concentra en manos de estos nuevos empresarios cantidades crecientes de las mejores tierras agrícolas. Los antiguos trabajadores permanentes, al transformarse en eventuales, pierden pues la seguridad de trabajo y hasta la de subsistencia, al verse privados de los lotes que recibían antes para producir esta subsistencia y que eran parte de su remuneración.

Otro factor reciente que ha agravado el problema del subempleo en el agro es, por ejemplo, la reconversión de antiguas tierras destinadas a la agricultura hacia la producción de una ganadería extensiva orientada a exportar carne barata hacia los Estados Unidos. Este fenómeno ha sido muy intenso en América Central en el último decenio.

Las consecuencias del subempleo agrícola en el ingreso de la masa de los trabajadores rurales y de los pequeños agricultores minifundistas, son enormes. No sólo

² Programa Regional de Empleo para América Latina y el Caribe, dependiente de la Organización Internacional del Trabajo. Ver su publicación **El Problema del Empleo en América Latina: Situación, Perspectivas y Políticas**, Santiago de Chile, abril 1976.

contribuye decisivamente a que el ingreso medio del trabajador rural sea hoy apenas la quinta parte del ingreso medio del trabajador urbano, sino además a que la distribución de este ingreso sea aún más desigual en el campo que en las ciudades. Si se considera el 40% más pobre del total de los latinoamericanos, se tiene que en 1970 el 40% más pobre de los costarricenses o de los chilenos rurales ganaba apenas poco más de la mitad de lo que percibía en promedio el 40% más pobre de sus equivalentes urbanos. En México, Brasil y Colombia ganaban menos de la mitad y en Honduras casi la cuarta parte³.

Esta subocupación y el bajo ingreso consecuente se ven además agravados por las políticas de la mayoría de los gobiernos de la región, que siempre han privilegiado los servicios para los urbanos con respecto a los de los rurales, en detrimento de las condiciones de vida de estos últimos. Para no considerar sino algunos de los indicadores más elementales, señalemos que en 1970, en materia de educación primaria, mientras el analfabetismo en Brasil en las zonas urbanas era de un 25.5%, en las zonas rurales alcanzaba un 58.5%. En Colombia las cifras respectivas eran de un 11.2 y de un 34.6% en Panamá de un 8.2 y de un 35.5% en la República Dominicana de un 21.6 y de un 42%⁴.

En materia de condiciones de salud y de nutrición la situación es también mucho más desfavorable para los rurales que para los urbanos.

¿Cuáles son las consecuencias de estas profundas desigualdades sociales, económicas y culturales? Diversas. La más obvia es la agravación de la miseria relativa y a menudo absoluta de la población rural latinoamericana con respecto a la urbana. Según la Organización Internacional del Trabajo, en 1972 el 43% de los latinoamericanos vivía en una situación de pobreza grave y el 27% en una situación de indigencia⁵. Y dentro de éstos gravemente pobres o indigentes la proporción era mucho más alta entre los rurales que entre los urbanos.

La segunda es la aceleración de la emigración rural. Esta, que tiene lugar sobre todo entre los más dinámicos de los grupos campesinos jóvenes (entre 20 y 30 años), toma tres direcciones: la urbana, la de otras zonas rurales del mismo país y la internacional hacia países vecinos, ya sea en forma estacional o permanente.

Las causas de la migración rural-urbana son ampliamente conocidas: la falta de acceso a la tierra o la expulsión de sus tierras de los campesinos, así como la imposibilidad de continuar viviendo de la subdivisión de los minifundios entre todos los hijos de éstos; las diferencias de ingresos urbano-rurales, la influencia de

³ Ver **Desarrollo Social Rural en América Latina**, documento de la División Conjunta CEPAL-FAO, presentado a la Reunión Técnica sobre Desarrollo Social Rural en América Latina, Montevideo, 9-11 de agosto de 1978.

⁴ Cifras provenientes de la misma fuente que la de la nota 3.

⁵ Ver **Empleo, Crecimiento y Necesidades Esenciales**, OIT, Ginebra, 1976.

la escolaridad y del contenido de la enseñanza que siempre ha privilegiado lo urbano sobre lo rural, la esperanza de encontrar un trabajo estable y mejor remunerado, que es muy difícil hallar en las áreas campesinas, el deseo de obtener mejores servicios sociales, etc.... Esta emigración ha sido masiva. Entre 1950 y 1976 más de 40 millones de campesinos abandonaron el campo por las ciudades a un ritmo creciente, pasando de menos de un millón anual al comienzo de los años 1950 a más de dos millones en la actualidad⁶.

Esta emigración ha hecho que la población urbana de América Latina haya crecido en los últimos años a una de las tasas más fuertes del mundo (a un 4.4% de promedio anual entre 1950 y 1970). Además, esta urbanización ha tendido a concentrarse sobre todo en las grandes ciudades. Mientras en 1950 había en América Latina 6 ciudades de más de un millón de habitantes con el 23% de la población urbana total, en 1970 había 16 con el 33% de la población urbana.

Las consecuencias de esta urbanización acelerada y concentrada son ampliamente conocidas: aumento del subempleo y de la cesantía urbanas por la incapacidad del sistema industrial de absorber esta afluencia de trabajadores, agravación de los problemas habitacionales y dificultades para incorporar a esta nueva población al conjunto de los servicios urbanos, polución y degradación de la vida en las grandes ciudades. A comienzos de los años 1970, el 40% de la población de Lima vivía en barriadas miserables, el 42% de la de Caracas, el 30% de la de Río de Janeiro, el 60% de la de Bogotá.

Si continuaran en los próximos años el ritmo y la forma actual de la urbanización, Ciudad de México pasaría de 10.9 millones de habitantes en 1975 a 31.6 millones en el año 2000, es decir, en los próximos 20 años. Sao Paulo de 9.9 a 26 millones entre los mismos años, Río de Janeiro de 8.3 a 19.3 millones, Lima de 3.9 a 12.1 millones, Bogotá de 3.4 a 9.5 millones, Caracas de 2.6 a 5.9 millones y así sucesivamente⁷. Es fácil comprender la degradación de las condiciones generales de vida y las tensiones sociales y políticas que resultarían de proseguir el ritmo actual de este crecimiento urbano.

La segunda dirección de la migración campesina es hacia otras zonas rurales del mismo país. La más importante de las migraciones permanentes de este tipo que ha tenido lugar en los últimos años en América Latina es aquella hacia el territorio amazónico que se observa en diversos países: Perú, Bolivia, Ecuador, Colombia y Brasil. Esta migración no ha comprendido en estos diversos países más que algunos cientos de miles de personas: 200 mil en Perú, 100 mil en Bolivia, 200 mil en Ecuador y entre 1 y 1.5 millones en Brasil. En parte ella ha sido fomentada por los gobiernos por razones militares y estratégicas, en parte ha estado ligada al descubrimiento y explotación de recursos petrolíferos y en parte ha sido impulsa-

⁶ Misma fuente que la de la nota 3.

⁷ Ver **La Estampida hacia las Ciudades en Latino-América**, de Frederick C. Turner, INTERCIENCIA, Vol. II, No. 1, enero-febrero 1977.

da para tratar de disminuir la presión social sobre la tierra en zonas rurales densamente pobladas, donde se quiere evitar las transformaciones necesarias en las estructuras agrarias. A menudo ha adoptado el carácter de una colonización espontánea o dirigida, pero está lejos de haber resuelto el problema de la presión sobre las tierras más densamente pobladas, puesto que se trata de colonizar una región del trópico húmedo, que demanda enormes inversiones de infraestructura y de desarrollo.

Finalmente, la tercera orientación de estas migraciones rurales es el traspaso, normalmente ilegal, de las fronteras de países vecinos en la expectativa de encontrar un trabajo temporal o permanente. Fuera de los casos bien conocidos de los braceros mexicanos hacia los Estados Unidos, que han representado varios millones de trabajadores en el curso de los últimos decenios, muchos de los cuales se han quedado como inmigrantes definitivos en dicho país (chicanos), y del de los trabajadores rurales salvadoreños hacia Honduras, que originó en 1969 la llamada guerra del **foot-ball** entre esos dos países centroamericanos, estas migraciones internacionales de campesinos han cobrado particular importancia en América del Sur en estos últimos años.

Ellas se dirigen allí especialmente hacia dos polos: Venezuela, en la parte norte, con una emigración proveniente, sobre todo, de Colombia, y Argentina, en la parte sur, con una emigración procedente, sobre todo, de Paraguay, Bolivia y Chile. En 1975 se calculaba que los campesinos emigrados ilegalmente hacia otros países de América del Sur, representaban unos cinco millones de personas, incluyendo los trabajadores propiamente dichos y los miembros del grupo familiar que los acompañaban⁸.

Dada su condición de ilegales estos trabajadores son normalmente explotados por sus empleadores en los países adonde llegan, pero aún así encuentran oportunidades de trabajo que sus propios países no son capaces de crearles.

Vemos pues que la falta de oportunidades de ocupación, la miseria y el atraso imperantes en la mayoría de las zonas rurales de América Latina, agravados hoy por un tipo de modernización capitalista que integra a muy pocos trabajadores y aumenta la expulsión de los campesinos de sus tierras, privándolos aún de la seguridad mínima que les daba el sistema tradicional (la remuneración con tierra que les permitía producir gran parte de su propia subsistencia), ha acelerado brutalmente el proceso de emigración rural, dando origen a problemas de crecimiento urbano cada vez más inmanejables y de relaciones internacionales crecientemente conflictivas. Lo acaban de sufrir los trabajadores chilenos emigrados hacia la Argentina en la situación de tensión bélica que vivieron estos dos países entre fines de 1978 y comienzos de 1979.

⁸ Ver artículo de F. Breton **Las Condiciones de Trabajo y la Vida de los Trabajadores Migrantes en América del Sur**, Revista Internacional del Trabajo, Vol. 114, No. 3, Ginebra, noviembre-diciembre 1976.

Estos son los principales hechos de la realidad actual del medio rural. A ellos habría que agregar otros problemas bastante agudos, no sólo de tipo rural sino nacionales.

Uno de ellos es la creciente dependencia de muchos países de América Latina para su alimentación de importaciones extrarregionales provenientes de países industrializados, en particular de los Estados Unidos. Esto los hace sumamente vulnerables si pretenden realizar políticas sociales y económicas que mejoren las condiciones de vida de sus poblaciones, las que implicarán mayor dependencia aún del exterior para su abastecimiento alimentario, por lo menos en el corto y aun mediano plazo. Y si tienen situaciones delicadas de balanza de pagos, muy dependientes del financiamiento de capitales externos, como es el caso de la inmensa mayoría de los países latinoamericanos, su vulnerabilidad será todavía mayor. Ya el gobierno del Presidente Allende en Chile, en 1973, experimentó en carne propia la aplicación del "arma alimentaria" al tratar de hacer una política social avanzada que tocaba los intereses económicos del imperialismo, el que por la vía de cortarle los créditos para importar agudizó sus problemas económicos internos hasta lograr su desestabilización.

Un segundo problema nacional es la subnutrición actual que afecta a la mitad más pobre de la población latinoamericana, debida al bajo nivel de ingreso de las masas populares campesinas y urbanas y por la orientación del sistema productivo que sólo tiene hoy interés en producir para los que pueden pagar precios suficientes: el mercado externo y las clases medias y ricas urbanas. Se concentran así los recursos de producción en función de esos mercados y en desmedro de las necesidades alimenticias a fuerza de otras necesidades básicas de la mayoría de la población.

Finalmente se plantea el gran problema de la marginalización social y económica con respecto a las oportunidades de progreso de gran parte del campesinado y del subproletariado urbano de América Latina. Esto conduce a un estilo de desarrollo industrial y tecnológico en que el mercado no es el grueso de la población nacional de cada país, sino fundamentalmente del 30% de la población que tiene un nivel de ingreso capaz de absorber la producción industrial⁹. Esto obliga, por la saturación de este mercado, a no tener otra alternativa que tratar de exportar productos industriales. Mientras tanto la mayoría de los latinoamericanos están cesantes, subempleados y no constituyen mercado para el desarrollo industrial de la región.

⁹ Ver *Notas sobre los Estilos de Desarrollo en América Latina*, Aníbal Pinto, revista de la CEPAL, primer semestre de 1976, Santiago, Chile.

Las causas de esta situación

Las causas de los hechos rápidamente esbozados en las páginas precedentes y que como es fácil comprender impiden un desarrollo satisfactorio para la mayoría de la población latinoamericana y para los países de la región, son múltiples, complejas y de distinta naturaleza. No es posible pretender aquí hacer un examen exhaustivo de ellas. Sólo mencionaremos, en consecuencia, aquellas que nos parecen más profundas y que se encuentran en el origen de las malformaciones del desarrollo actual.

La primera de ellas es una antigua concepción del desarrollo que las élites dirigentes latinoamericanas han interiorizado como propia desde la época de la conquista y de la colonia, y que no fue modificada en lo más mínimo por el proceso de la independencia política de España y Portugal. Al contrario, fue agravada por el liberalismo económico del siglo XIX. Ella consiste en que no se concibe el desarrollo por estas élites, desde hace cuatro siglos, sino mirando hacia afuera. La dinámica esencial del crecimiento tiene que ser el aumento de las exportaciones hacia el mercado mundial, que es en el hecho el mercado representado básicamente por la Europa Occidental y América del Norte. Esta extroversión del comportamiento de las élites dirigentes, hace que en definitiva su única concepción del crecimiento y del desarrollo sea copiar, sin tener ni siquiera en cuenta las diferencias del contexto histórico, lo que antes hicieron dichos países.

Y sin tomar en cuenta tampoco el efecto de dominación que ellos ejercen sobre nosotros y que nadie sobre ellos ejerció. En esta perspectiva la dinámica del mercado interno nunca se ha valorado suficientemente en el desarrollo latinoamericano, salvo en el período reciente de la política de industrialización para sustituir importaciones. Y ello fue así porque las consecuencias de la crisis de los años 1930 y de la segunda guerra mundial y el cierre de los mercados externos tradicionales, no dejaron otra alternativa.

Pero como dicho desarrollo de sustitución de importaciones se hizo en condiciones que aumentaron la dependencia bajo nuevas formas tecnológicas, financieras y culturales, ahora tiende de nuevo a ser dejado de lado por la inviabilidad a que condujo en las situaciones de balanza de pagos. Y hoy se pone de nuevo el acento en la dinámica de las exportaciones. Todo ello, por supuesto, con el respaldo intelectual y financiero de los centros internacionales del capitalismo que por esta vía refuerzan su control y sus beneficios. Esto, por otra parte, no impide a los gobiernos de los países industriales frenar la dinámica de las nuevas exportaciones agrícolas o manufactureras de América Latina, cuando ellas les crean problemas de empleo en sus propios países, agravados por la permanencia de la crisis.

Una segunda causa de esta situación es la falta de sentido nacional de las élites latinoamericanas. Nunca como ahora, bajo la dirección de gobiernos militares, se ha hablado tanto de nacionalismo y nunca se ha hecho tanto, al mismo tiempo por desnacionalizar las economías y los países de la región. Uno de los aspectos bási-

cos de un verdadero sentido nacional es el de la solidaridad interna de las élites con sus pueblos, junto con la consideración de sus aspiraciones y de sus necesidades. Sin embargo, la preocupación por las necesidades básicas de sus poblaciones no guía hoy a la mayoría de los gobiernos latinoamericanos. Sólo toman en cuenta los privilegios y los intereses de las clases que representan.

Aún ahora, cuando algunos comienzan a hablar tímidamente de una estrategia económica en función de las necesidades básicas de las masas, se observa que estas afirmaciones no provienen de una reflexión sobre la situación actual de sus pueblos, sino de la simple divulgación de ideas que de nuevo han surgido en los países centrales, particularmente en ciertos medios intelectuales europeos.

Esta falta de un profundo sentido nacional ha llevado a las élites latinoamericanas a incorporar sus países a un modelo de desarrollo de capitalismo dependiente, que está conduciendo a la desintegración progresiva de sus sociedades, entre, por una parte, las nuevas burguesías industriales y agrarias, aliadas con las viejas oligarquías terratenientes y con las clases medias urbanas superiores (en las cuales la casta militar está desempeñando un papel cada vez más preponderante) y, por la otra, las masas rurales y urbanas pobres y la clase media baja, que el sistema es incapaz de integrar, salvo para explotarlas y para darles la ilusión de que algún día les tocará también a ellos parte de los beneficios del desarrollo.

Finalmente, una tercera causa fundamental de la situación nos parece ser el desprecio que se ha tenido en la cultura latinoamericana por lo rural, como símbolo de lo indígena, de lo atrasado, de lo que no es importante. El medio rural se valorizó sólo en otras épocas como fuente de poder de la oligarquía terrateniente o como elemento de un folklore que representaba lo único auténtico que oponer a la cultura importada. Pero en la América Latina de hoy y particularmente en su burguesía y en sus clases medias, existe un profundo menosprecio por lo rural, que no es sino el reflejo de un espíritu imitativo de lo que ha sido la evolución social de los países industrializados de Occidente.

Una nueva estrategia para mañana

Pero el desarrollo de los acontecimientos que vimos anteriormente puede forzar un cambio de estas actitudes y revalorizar lo rural en una perspectiva de un nuevo desarrollo global más equilibrado y menos desigual que el actual. Ello como consecuencia de varios hechos que pueden agudizar una situación de crisis social, económica y política.

El principal de estos hechos nos parece ser el demográfico. Cualesquiera que sean las políticas de control poblacional que se apliquen en los próximos años, la población de América Latina aumentará de un modo substancial de aquí al año 2000, es decir, en las próximas dos décadas. Según la hipótesis demográfica media proyectada por las Naciones Unidas, ella llegará a unos 625 millones de personas en ese año, es decir, casi se duplicarán los 321 millones de 1975. De conti-

nuar las tasas actuales de urbanización, y la concentración de la población urbana en las grandes ciudades de la región, llegaríamos a que varias de estas ciudades se encontrarían entre los centros urbanos más poblados del mundo, lo que los haría absolutamente inviables, como ya lo están siendo varios de ellos ahora con una población mucho menor.

El segundo hecho es el aumento de la situación de cesantía y subempleo que implica el modelo actual de crecimiento y de modernización. En 1970, el 38.8% de la población trabajadora latinoamericana estaba cesante o subempleada. En el año 2000 este porcentaje llegaría a un 45%, con un aumento de la proporción de cesantía total sobre una fuerza de trabajo mucho mayor, que será del doble de la actual¹⁰. Los problemas sociales y políticos que se derivarían de este incremento de desocupación de una población mucho mayor que la actual, muestran que la necesidad de hacerles frente obligará de un modo u otro, en los próximos años, a la mayoría de los gobiernos a modificar radicalmente sus actuales estrategias de desarrollo.

Es en función de estos hechos que pensamos se crearán las condiciones para optar por una de las dos alternativas que mencionamos en el encabezamiento de este artículo: o un nuevo tipo de desarrollo rural con reforma agraria como elemento esencial de una nueva forma de modernización agrícola, que tenga en consideración los problemas sociales de las masas campesinas y urbanas, o la agravación de una situación de desintegración social y nacional. Esta última sólo podría ser sustentada por regímenes ultrarrepresivos en favor de las minorías dominantes, pero estos regímenes mientras más represivos sean más pronto harán su condición insoportable para los pueblos. El reciente ejemplo de lo ocurrido en Irán está allí para demostrarlo.

¿Cuáles serían las grandes orientaciones de esta nueva estrategia de desarrollo que se vislumbra como cada vez más necesaria? Nos parecen ser las siguientes:

1. Concebir en el futuro los **distintos espacios rurales latinoamericanos** y no sólo los espacios urbanos o ciertos polos geográficos de crecimiento, como los **elementos esenciales de la planificación de un desarrollo general**. Crear en esos espacios, organizados en función de su potencialidad de recursos y de las necesidades de su población actual y futura, actividades económicas diversas y complementarias, capaces de dar origen a suficientes ocupaciones productivas para dicha población. No pensar el espacio rural en términos de sólo actividades agrícolas, aun cuando estas serán sin duda fundamentales, sino también de actividades industriales, de generación de energía, de servicios, etc. ... Reformular los sistemas de tenencia de la tierra en esos espacios en función de todo este desarrollo global. Poner el acento en la creación de servicios y de un desarrollo cultural que haga atractiva para sus habitantes la vida en esos espacios rurales. En resumen, no seguir planificando el desarrollo en torno a la concentración urbana, buscada o re-

¹⁰ Misma fuente que la de la nota 5.

sultante de las fuerzas del mercado y de la causación circular acumulativa señalada por Myrdal, sino en función de privilegiar voluntariamente en el futuro los espacios rurales.

2. Desde el punto de vista agrícola dar prioridad a la agricultura alimentaria sobre la agricultura de exportación. Esto quiere decir, obtener en el plano nacional y regional de cada país, una producción suficiente de alimentos básicos que aseguren a toda la población una disponibilidad apropiada de calorías y de proteínas. Esta alimentación de base debe tener en cuenta los hábitos culturales de los diferentes pueblos desde el punto de vista alimentario, las producciones posibles y más eficientes en las tierras disponibles, la necesidad de introducir nuevos cultivos cuando los productos tradicionales son insuficientes para asegurar una alimentación adecuada, y las formas tecnológicas de producción que aseguren el máximo de ocupación, así como la conservación de los recursos naturales.

Esta prioridad a la agricultura alimentaria no significa, por supuesto, abandonar totalmente la agricultura de exportación, que continuará siendo importante en muchos países para asegurar recursos externos. Pero sí ella implica un traslado del énfasis relativo actual en que las mejores tierras, las mayores inversiones, lo fundamental de la investigación y de las políticas agrícolas del Estado, han estado centrados en el desarrollo de la agricultura de exportación con absoluto detrimento de las necesidades alimentarias nacionales.

3. En el proceso nacional de industrialización de los países latinoamericanos habrá que dar una importancia fundamental a la industria de apoyo a la producción agrícola (fertilizantes, semillas mejoradas, equipos apropiados a las condiciones naturales y a las necesidades de empleo, etc...). Sin un desarrollo importante de esta producción industrial de elementos tecnológicos para la agricultura, será muy difícil asegurar el incremento rápido de los rendimientos de la producción alimentaria. Esta tendrá que crecer más por métodos intensivos de producción que por métodos extensivos, dadas las limitaciones crecientes de tierras fáciles de incorporar a un costo razonable. Por otra parte, esta industria de apoyo a la agricultura deberá ser controlada nacionalmente y no por las multinacionales, y estar muy ligada a una política latinoamericana de investigación de productos y de métodos de producción agrícola que tenga en cuenta el problema de los tipos de recursos, de las necesidades de desarrollar empleos productivos y de los costos de capital. Gran parte de esta industrialización debería efectuarse en las propias zonas rurales.

4. En ellas también debería desarrollarse un proceso industrial de producción de bienes manufactureros de consumo popular para las poblaciones campesinas (textiles, vestuario, implementos para el hogar, materiales de construcción, etc...) que permitan aumentar el actual nivel de consumo de estas poblaciones, como contrapartida de su trabajo y de su producción agrícola o de otro tipo. Esto puede ser un incentivo básico para su participación más dinámica en el proceso de desarrollo general.

5. Una quinta orientación de esta nueva estrategia de desarrollo que pone el acento en lo rural es, como ya lo hemos señalado repetidamente, el establecimiento de servicios de educación, de salud, de comunicaciones, de esparcimiento y de cultura que revaloricen el espacio rural desde el punto de vista de las aspiraciones de vida de la población.

Estos son algunos puntos que nos parecen vitales en una nueva estrategia de desarrollo para América Latina que esté centrada en las necesidades básicas de sus pueblos. Ojalá la próxima conferencia mundial sobre reforma agraria y desarrollo rural sea la ocasión de debatirlos y profundizarlos.

Referencias

- Anónimo, 1977; Notas sobre los Estilos de Desarrollo en América Latina.
Anónimo, Santiago de Chile. 1976; La Estampida hacia las Ciudades en Latino-América.
Breton, F., DESARROLLO SOCIAL RURAL EN AMERICA LATINA., Ginebra, Suiza. 1976;
EL PROBLEMA DEL EMPLEO EN AMERICA LATINA: SITUACION, PERSPECTIVAS Y POLITICAS., Montevideo, Uruguay, División Conjunta CEPAL-FAO. 1978; Las Condiciones de Trabajo y la vida de los Trabajadores Migrantes en América del Sur.
Frederick, C. T., Santiago, Chile. 1976;
INTERCIENCIA. II, 1,
Pinto, Aníbal,
REVISTA DE LA CEPAL.,
REVISTA INTERNACIONAL DEL TRABAJO. 114, 3,